



UN SALUDO.



Imprenta de "El Ecuatoriano."



SALUDO.



Bien como en presencia de una tumba elocuente y luminosa, no fué nuestro contener lágrimas y gemidos, y revelamos lo que nos dictaban dolor y patriotismo; así, hoy que se halla en esta Capital el más respetable de los apoderados de la Nación, el ilustre é inmaculado Sr. D. Pedro Carbo, también nos sentimos como forzados á romper el silencio que nos está salvando de nuevos infortunios.

Silencio, y por qué? Porque *todo está bien*; y hoy solo la ciencia de las más recónditas y encumbradísimas combinaciones del cálculo rentístico, económico y político; esa que suelen llamar de las *finanzas* es la única que tiene la palabra!

A los pobrecitos, plebeyos é ignorantes, no nos toca sino ver, oír y aplaudir lo que confirmen en sublime consorcio opulencia nobleza y sabiduría moderna. Acaso comemos sal, ni consumimos artículos que pasan por las aduanas? El Gobierno es el único que todo lo hace y lo paga, no os parece? Luego él solo debe tener voz, prensa y voto en asunto de finanzas. Si nuestras matemáticas rudimentarias, y lo que se nos alcanza de la ciencia de Jhons Stuart Mill, de Chevalier, no nos habilitan para meter nuestra cucharada en los contratos D'Ohsza, contratos de los cuales está pendiente la consumación de la ruína, ó la prosperidad de la Patria; demos siquiera rienda suelta á los sentimientos del ánimo.

Para la medianía nada tenemos; pero ahí nuestro entusiasmo y aplauso para lo que lleva el sello de la superioridad y de la belleza suprema. Bello es el Genio, bella la Virtud, como reflejos de la Divinidad. Ayer aquel nos arrancó una página tonta sí pero espontánea y sincera. Hoy, la Virtud nos comunica uno como arrebató, y en medio de estos estremecimientos

deliciosos de la inteligencia y el corazón, la saludamos no sólo alborozados, sino llenos de esta veneración á que solo son acreedores Genio y Virtud, prohombres como Montalvo y Carbo.

Ser honrado y franco nada mas conveniente en pueblos regidos por el pundonor, ó, como hubiera dicho Montesquieu, por la virtud política. Lo árduo y ocasionado es serlo en los á quienes cupo en suerte escapar de las garras del león ibero para caer en las de buitres y chacales americanos. ¡ Maldita Independencia! Qué hemos sacado de ella nos los nacidos en el Sur de Colombia la Grande? No permita Dios que renegemos de este dón precioso de Bolívar y Sucre y de otros varones excelsos que á los ojos de las generaciones remotas y venideras talvez serán más grandes que los de Grecia y Roma. Pero como no hemos de exhalar un grito de indignación á vista de tanta desventura? Si tras la emancipación hubiera venido la libertad con todos sus esplendores, la honradez en la administración pública, qué felices fuéramos los ecuatorianos. Los necios y mal intencionados suelen decir que los liberales ansiamos por la licencia y la anarquía. Lo que nos priva á los adoradores de la Libertad es el imperio de la Justicia. Demolición de fueros y privilegios, igualdad ante la ley, luz, armonía de los intereses sociales, no son sino pasos hacia la Justicia. Luego los *liberales* no á medias sino por entero, lo que anhelamos no es licencia ni anarquía, sino Justicia. ¡ Licencia, anarquía! ahí están, vedlas, ahí donde mueve las manos y arregla á su arbitrio la cosa pública el Despojo oficial, como dijera Bastiat en su lenguaje cultísimo; el Robo, como hubiera dicho en su adorable franqueza el sabio y justo Proudhon.

Un político, honrado á carta cabal, entre nosotros es un ser raro, extraordinario. Un hombre público que aferrado á sus principios, no transije con las conveniencias sociales, ni con los poderes civil y eclesiástico, es un héroe y un mártir. Don Pedro Carbo, hombre de doctrina, de convicciones profundas, jamás ha celebrado transacciones convenientes al individuo, si ruinosas para la Patria. Firme desde la juventud naciente hasta el ocaso de la vida en los principios radicalmente liberales, enemigo declarado del despotismo, resplandeciente en su vida pública y privada, nadie puede enrostrarle ni una apostasía, ni una indignidad.

Y no fué Ministro de Veintemilla? Llamado por el partido liberal, instado para que dirigiera la revolución del ocho de Setiembre, tornó á la Patria, y empezó á poner en planta sus ideas y principios. Vió que le habían engañado don Ignacio y sus cómplices, y renunció el cargo de Ministro General. El Sr. Carbo á quererlo, habría sido, empleado perpétuo, ministro ó plenipotenciario en todos los gobiernos. Mas su noble y austero proceder, su dulzura intransigente le han hecho preferir el ostracismo con todas sus amarguras al ocio opulento mantenido por el pueblo.

Rendir homenaje á la hipocresía, tampoco es de D. Pedro. La pureza de sus costumbres á par que sus defensas brillantes de la libertad de conciencia, están demostrando que la Moral y la Religión nada tienen que ver con el devotismo.

¿Estamos aun en plena edad del fetiquismo, y apenas si alguien es osado á poner el pié en el solar de la edad metafísica, y sabe Dios cuándo entraremos en la del positivismo? Pero en el Ecuador, bien así como en otros países que nos llevan la delantera en punto á civilización y progreso, ha de ser efectiva y real la observación profunda de Augusto Comte. Esto no quiere decir que no haya positivistas por acá. Los hay y en compañías numerosas; pero quién les quita el antifaz?

Sócrates fué un tonto ¿no es verdad? Contra las preocupaciones, contra los errores que en turbión impetuoso arrebatan al pueblo que no gusta de la luz y el bienestar, es necesidad poner el pecho. Si el mayor de los atenienses se tirara de rodillas á los piés de la diosa de la hermosura, habría bebido no cicuta, mas antes diezmos, *primicias de toda especie*, y consideraciones. Los que en el Ecuador cultivan la ingenuidad víctimas son de su propia virtud. Hombres como don Pedro Carbo, como don Juan Montalvo, ponen fuego á la envidia, despiertan á la calumnia, y atizan el odio irracional. Los bienhechores de la Patria en ciertos pueblos son como sanos que caen en un depósito de elefanciacos. Dicen que en estos infelices el ansia de comunicar á sus semejantes el veneno que les corroe el cuerpo, es ímpetu rabioso. Cuantos han aullado en torno de Montalvo, de Carbo no hubieran querido tomar otra venganza que verlos caídos del Olimpo á donde los ha encumbrado sobre sus alas poderosas la Virtud; y de bra-

zo con ellos irse á esa casa de prostitución, á esa lonja infamante ¡ cuántas veces! y ruinoso para la Patria.

Empero sobre la hombría de bien enérgica y luminosa no se alzan en triunfo ni el oro ni el poder. Iras de tirano, asaltos de malhechores ó dictadores, seducciones desplegadas por la astucia de los imitadores de Augusto, polvo son que ahí ruedan bajo la planta del hombrón respetable por todos aspectos.

¿Sabeis por qué D. Pedro Carbo se negó á aceptar la Vicepresidencia de la República? Por orgullo no; mas antes por este cultivo constante del honor que en él se ha vuelto una como religión. Para el Sr. Carbo hubiera sido deshonoroso venir á ser espectador de las resoluciones del Consejo de Estado, é indecoroso tomar renta no despreciable por no hacer nada. Ese oficio para los canónigos de capa y chistera que no tienen á menos mover secretos resortes para calzarse un empleo y vivir siempre, perpetuamente, á costa del pueblo.

La honradez es respetable; el desprendimiento, admirable. Don Pedro Carbo no solo es honrado sino desprendido hasta no más. Por esa rama pertenece á la raza de Bolívar y es digno émulo de Rocafuerte. Washington con toda su virtud cuando se tocó el punto del pago de sus sueldos, profesó é hizo efectivo este principio: "Ni explotar á la Nación á título de servidor público de élla, ni servirla de valde: todo servicio (pero necesario) debe ser remunerado." Bolívar pasó sobre esta regla. Vosotros lo sabeis, se meció en cuna dorada y murió en la inopia. No solo toda su personalidad, sino sus caudales entregó á América esclava por verla libre. Y el primer americano que convirtió á sus millares de negros esclavos en soldados libres, Bolívar. El Libertador de un mundo no fué negociante en Patria; su corazón y su inteligencia privilegiados nada tuvieron de *financista*. Qué desprendimiento, qué abnegación, mi Dios, en toda su carrera.

Si para honra y gloria del Ecuador, este ilustre caudillo del partido de la libertad y el progreso llegara á ser Presidente de la República, una de sus primeras diligencias sería disminuir y partir la renta presidencial: mitad ó menos para la satisfacción de sus necesidades, el resto para restituírsele al pueblo en obras provechosas.

Entre las prendas del Sr. Carbo, la sed ardiente por el

bienestar y la instrucción del pueblo. ¡Ah! si el pueblo que trabaja sin reposo para morir de hambre y desnudez, llegara á saber quien es D. Pedro Carbo, sobre sus hombros le llevaría á la Presidencia del Estado.

Oyendo estoy la réplica de los enemigos de la buena fe, la réplica de esas familias "nacidas no para obedecer sino para mandar", que se han impuesto sobre la República á modo de censo irredimible y nefando.—Don Pedro está ya muy viejo.—Qué defecto, los años! Dichosa ancianidad que lleva en sus entrañas la frescura de la juventud y el sonrojo inmotivado de la infancia. Dichosa ancianidad que discurre con la inteligencia clara y nutrida de conocimientos vastos y profundos. Dichosa ancianidad que no tiene de qué ruborizarse, y que yergue la frente coronada de cabellos argentados más que por el tiempo por el trabajo, por su aplicación al estudio de cosas grandes y provechosas á la humanidad, y los padecimientos por la Patria.

Llegar al declivio de la vida sin que el más leve aliento de las pasiones ó del vicio hayan jamás empañado la nitidez de ella, es raro y digno de veneración. Juventud, edad viril, y propecta de Don Pedro para la Patria y sólo para la Patria han sido. Con su pluma en obras bien razonadas, con su palabra en congresos y convenciones, y con su acción y su ejemplo en cuantos puestos públicos ha ocupado, ha dado provecho y honra á la Patria.

Dentro y fuera de ésta, D. Pedro es figura hermosa y ejemplar en América. Vida larga, cuantas veces desgarrada por el ostracismo sobrellevado con santa resignación, vida pura, resplandeciente así en el hogar como en el *forus*, en la cual no encontráis ni un paso fuera del ritmo de la virtud, ¿no ha de ser glorificada de manera especial?

Años hace me acaricia una idea. En lo antiguo la justicia en forma de entusiasmo popular deificaba al Genio. No hablemos de la musa lírica ó trágica que en el estadio helénico ostentaba el laurel de la gloria. No pongamos la memoria en los triunfos del filósofo de Forney, en las recepciones frenéticas que al volver del destierro le prodigaba el pueblo de París. Los españoles con ser lo que son para con sus compatriotas sobresalientes, no pudieron resistir á la grandiosidad de su Tirteo, y á los ochenta años de edad coronaron á D. Manuel Quintana. ¿No acaban también de coronar, y con qué entusiasmo, y en qué regia pompa

al fecundísimo y popular poeta, al viejo cantor de las bellísimas tradiciones de España, D. José Zorrilla? Así se pagan los merecimientos; así se estimula á la juventud. Pues bien, imitemos, y ya que en el ostracismo, orillas del frío Sena, plegó sus alas un momento para renacer en la inmortalidad nuestro Genio, coronemos en vida á la Virtud.

No solo desde la eternidad y á la sombra resplandeciente de la Sustancia Divina, sino en el tiempo y aquí en su patria, vea nuestro querido y venerando D. Pedro Carbo que la honradez inquebrantable en política digna es de apoteosis. Ecuatorianos, honrémonos ofrendando homenajes al más merecedor. En la frente del íntegro prócer que es la encarnación de las virtudes republicanas; en esa frente sin mancha pongamos la corona de la Virtud, corona más valiosa que la que ciñen los usurpadores de los derechos del hombre, y que resplandece par á par de la del Genio. Qué! hemos siempre de esperar la muerte para premiar el mérito descollante?

Cuando el Aristides ecuatoriano vuelva á su hogar, irá cargado de aplausos y bendiciones: nadie podrá decirle: Este es uno de los traidores infames, uno de los *prostitutos* que ha vendido á su madre Patria, por una gobernación de provincia, por una secretaría ó legación, por una curul en una Corte de Justicia? una mitra ú otras gangas. Entonces el patriotismo y la justicia deben convertir en hecho la idea que hoy nos atrevemos á insinuar. Guayaquil, la aurea cuna de Olmedo, Rocafuerte y Carbo; la ciudad que levanta estatuas á sus hijos predilectos y al Libertador de un mundo; la que recibió en fúnebre y pomposo arreo y guarda en su seno los restos de Montalvo; nuestro adorado suelo nativo debe convocar á sus hermanas, las demás provincias de la República, á esta fiesta conmovedora que será como la Presidencia de la República, conferida á un gran ciudadano, no por los manojos de la Curia ó el Gabinete, sino por la gente ilustrada, independiente y justiciera. Si más de un tirano ó malhechor ha expulsado de su patria al ilustre Carbo, y lo ha arrancado en el destierro lágrimas amargas, sienta rodar por sus mejillas las que brotan al fuego de sentimientos dulces y grandiosos.

Aparicio Ortega.

Quito, 17 de Mayo de 1890.